ANTONIO MACHADO
(Veinte años después de su muerte (11)

Antonio Machado entró en el mundo por el palacio de Las Dueñas de Sevilla, una tarde de julio de 1875, y lo abandonó el 22 de febrero de 1939, en Collioure, un pueblecito de la Cataluña francesa. En esos sesenta y cuatro años discurre una vida pobre en acontecimientos o aventuras, recogida y más bien solitaria; una vida que ha consistido, principalmente, en largos paseos por la tierra de España, larguísimas horas de recogimiento sobre los libros y remansos de conversación en las tertulias provincianas. Vida de meditación y creación: la de un joven estudiante de la Institución Libre de Enseñanza, la de un profesor de francés en los institutos de Soria, Baeza y Segovia; la de un autor de teatro poco ocupado por los estrenos y nada por los homenajes; al cabo de su vida, la de un patriarca de las Letras, consagrado académico, con las satisfacciones de una popularidad cualificada y de

(11) Este y algunos otros escritos del libro vieron su primera luz firmados con el pseudónimo Juan Salduero, en la revista *Sábado Gráfico*.

un magisterio ejercido con modestia, pero universalmente. Una vida muy interiorizada, con la riqueza creciente hasta desbordar. Una vida dispensada, hasta última hora, de todo carácter de espectáculo, pero en cuya recogida trama cotidiana irían tejiéndose realidades, ensueños, perspectivas sentimentales, luces intelectivas capaces de servir de paisaje y habitación a varias generaciones de españoles.

En el orden estrictamente biográfico hay que anotar un viaje a París para seguir los cursos de Filosofía de Bergson; la boda con una muchacha soriana de quince años y la muerte prematura de ésta; el amor constante por la madre, que morirá en el mismo día que él; un amor más o menos misterioso en la madurez; algunos triunfos académicos y la participación plena y sincera en los dolores de la guerra civil. Más las relaciones de amistad con su maestro Giner de los Ríos, con los escritores del 98 e incluso con una porción de intelectuales provincianos de espíritu delicado. No más anécdota. Casi todo en Machado ha sido, por lo tanto, vida privada, y ésta, en muchas ocasiones, vida ensimismada. En el poema *Un día* se describe la forma más repetida del vivir del poeta: el paisaje, los libros —sobre todo de filosofía—, la tertulia, la meditación, la anotación de un poema o de unas líneas para un diario intelectual y, sobre todo esto, la conciencia, muchas veces trágica, de vivir en el tiempo.

Pero la vida privada de un poeta se parece muy poco a la cosa del mismo nombre inventada por el espíritu burgués. Esta vida privada —la del poeta— es un acto constante de comunión con lo más desnudamente humano de sí mismo, y, por lo tanto, con lo más genéricamente humano de todos los hombres. Aun en la mayor soledad física es una vida comunitaria. "Un corazón solitario —dirá Machado— no es un corazón."

Renunciando a la vida social exteriorizada y convencional, el poeta encontrará la vida social radicada y auténtica. Lo más notable en el evidente intimismo de Machado

es, precisamente, esa sensación de compañía humana, de sociedad esencial, que parece congregarse en cada una de sus experiencias y que permitirá luego la comunicación más universal de su espíritu con los otros.

Siempre que estamos ante un gran poeta encontramos en él, según sea la amplitud de su voz, lo esencial y común de un grupo social, de un pueblo o de la Humanidad entera. En cierto modo, el grado de extensión representativa de la voz del poeta dependerá del grado de auténtica soledad y despego en que el poeta mismo haya conseguido instalarse: cuanto menos arropado por sus circunstancias personales, sociales e históricas, cuanto más atenido a su realidad de hombre desnudo, más universal habrá sido su mensaje. Hablo, claro es, del poeta o corazón comunal y no del tocador de arpas celestiales. El tiempo, el único que, según Machado, debe acompañar siempre al poeta, no es para él el tiempo histórico exterior, sino el tiempo vital para la muerte. El que va a constituirse ante el poeta después de hacerse la nada del olvido, gracias a la cual puede ejercerse el recuerdo que equivale a la creación. Lo que crea el poeta recordando es ya Humanidad intemporal, y lo que hace el poeta cantando es devolver esa Humanidad intemporal a la imitación rítmica del tiempo: su reconstitución artística.

Machado no hubiera sido un poeta grande —el mayor, a nuestro juicio, de los próximos— si no hubiera sido también un pensador (12). "Todo poeta —dice Juan de Mairena— supone una metafísica; acaso todo poeta debiera tener la suya —implícita, claro está—, nunca explícita, y el poeta tiene el deber de exponerla por separado y en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos." La metafísica, puesta por separado y en conceptos claros,

(12) Quizá alguien considere el párrafo que sigue una rectificación o reparación a unas injustas apreciaciones "de urgencia" redactadas por mí en 1940. Acepto la interpretación e incluso la propongo.

exige del poeta Antonio Machado la invención de un personaje: Juan de Mairena, e incluso un segundo personaje: Abel Martín, el maestro de Juan de Mairena, y aun otro tercero, que les sirve, momentáneamente, como complementario: Jorge Meneses. Gracias a este recurso, la metafísica de Machado, que quiere ser una "metafísica de poeta", puede no sólo adoptar las formas paradójicas, irónicas y distanciadas que los escritos de Platón pudieron dar a las conversaciones de Sócrates con sus amigos, sino, como en este mismo caso, conferirle el carácter de diálogo. Para crear una metafísica de las contradicciones y armonías, que es lo que intenta Machado —cuya formación postkantiana idealista y más o menos krausista no le impide intuir el existencialismo moderno—, el despliegue de su personalidad en varios modos y tiempos, representados por todos estos autores apócrifos, era indispensable. Pero aprovecha también el expediente para multiplicar los centros creadores de su propia poesía lírica, atribuyendo a estos autores inventados algunos poemas del "tú esencial", especialmente cargados de simbolismo filosófico. Y así como el metafísico Abel Martín ha descubierto la "heterogeneidad del ser", el retórico Mairena descubre para el poeta Machado la pluralidad del sujeto creador. Un poeta como Shakespeare, dice Machado, le hubiera podido atribuir un poema original a cada uno de sus grandes personajes, y cada uno de ellos sería, como los personajes mismos, el poema de un hombre distinto, sin dejar de ser un poema de Shakespeare. Pero, sobre todo, estos poemas, que ya no se presentan como propios, pueden ser glosados o comentados por Antonio Machado como elementos ilustrativos de sus ideas estéticas y de sus ideas metafísicas.

El conjunto de la obra de Machado —que, aparte las obras de teatro en colaboración con su hermano Manuel, caben cumplidamente en dos volúmenes ordinarios— resulta, gracias a esos recursos, de una variedad sorprendente, sin que prácticamente se salga de dos géneros formalmente modestos: el poema breve, de forma casi siem-

pre muy sencilla y la nota o apuntación de media página, poco más extensa que un aforismo, o bien la combinación de coplas o poemas con notas o comentarios. Dentro de este breve espacio y ese reducido repertorio de formas, en cuarenta años de recogimiento y de paciencia, Machado ha podido enfrentarse con la totalidad de los problemas que interesan a la vida del hombre: desde el religioso al político, desde el estético al social. La piedra de toque de la filosofía de Machado, que, como ya hemos dicho, tiene una fundamentación idealista y un despliegue existencial, es casi siempre el saber popular, la copla o el decir del pueblo, que él distingue, muy afinadamente, del llamado sentido común. Porque el saber popular es sedimento depurado y, como diría Unamuno, intrahistórico; algo que se ha unido a la experiencia de la especie humana, mientras el sentido común suele ser un reflejo superficial e historificado de las opiniones predominantes en cada momento.

Entre la poesía de Machado y su filosofía hay, sin embargo, una neta separación formal. La poesía es mera experiencia humana, recreada en un ritmo temporal, que no deja transparentar las ideas que la sostienen. Las ideas, por otra parte, quedan explícitas en una prosa conversada, irónica, lo más distante posible de lo que suele llamarse una prosa poética. Entre unas y otras, poesías y prosa, como ofreciendo un lugar para su coincidencia, están las canciones breves, las coplas escritas a la manera popular y en las cuales alcanzan expresión esencializada tanto las ideas como las impresiones sentimentales e imaginativas.

Como pensador y como poeta, o como poeta-pensador, Machado ha sido uno de esos grandes escritores que quedan *para más tarde*. Desde el principio se reconoció su talento, pero su influencia sólo debía imponerse de modo avasallador hacia los años próximos a su muerte y después de ella. La gran poesía española de este siglo parecía enteramente influida por los inventos sucesivos de Béc-

quer —el abuelo lejano—, Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, grandes renovadores de la palabra. Machado pertenece también a esa tradición, pero junto a la influencia de Bécquer o Rubén —y a lo que en ellos se suma de toda la poesía moderna europea y de la tradición medieval y renacentista de España— se imponen en su espíritu otras dos influencias: la de Miguel de Unamuno —musa independiente— y la del folklore popular, a la que probablemente le dan acceso su propio padre —folklorista notable— y Giner de los Ríos. Son dos elementos de sobriedad que le ayudarán a discernir, a su modo, en la poesía española —Berceo, Jorge Manrique y El Romancero—, la vena temporal. De ahí que Machado quede momentáneamente a la orilla de la profusión y el enriquecimiento formal de la poesía española de los treinta primeros años del siglo. Con extraordinaria independencia y recogimiento, él va trabajando su parcela de poesía temporal y humanizada. En esa parcela, convertida de pronto en un inmenso paisaje, irán a plantar decididamente sus tiendas los poetas posteriores a la guerra civil, y con más decisión los más jóvenes. Vivimos en este momento la hora del triunfo pleno de Antonio Machado —más lírico que Unamuno, más sobrio y comunicable que Juan Ramón—. El de su intimismo, esencialmente humano y, por lo tanto, comunal: el de su poesía civil, imprecatoria y esperanzada, en la que irán a inspirarse los más recientes poetas sociales; el de su poesía filosófica, acaso más pasajera que las otras, pero a la que la fortuna de sus intuiciones presta hoy una actualidad incuestionable. Machado ha renacido, por tanto, después de su muerte, y veinte años más tarde sigue siendo el más actual de los poetas españoles. Mientras, por otra parte, la totalidad de su figura humana, engrandecida por el testimonio constante y final de fidelidad a su pueblo, va elevándose ante la vista de las juventudes españolas a la categoría de símbolo.

1959